

Antigua vida mía/fragmento

Marcela Serrano



Mercosur lee

CHILE

"Antigua vida mía" (fragmento) de Marcela Serrano
en *Antigua vida mía*, Editorial Alfaguara, 1995.

© Marcela Serrano

© Guillermo Schavelzon & asociados

Agradecemos la gestión de Mónica Herrero

Imagen de tapa: Mariana Monteserín

Diseño de colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: "Mercosur lee"

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129 1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

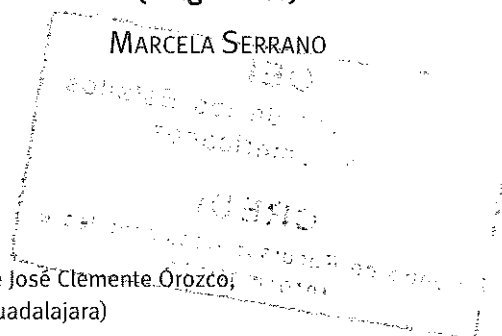
República Argentina, 2005

ANTIGUA VIDA MÍA

(Fragmento)

Primera Parte FIN DE FIESTA

(Según el grabado de José Clemente Orozco;
Hospicio Cabañas, Guadalajara)



1.

Hoy cayó el muro de Berlín.
Todo ha comenzado este 9 de noviembre de 1989, con la caída del muro. ¿Cómo sospechar cuánto más se derrumba con él?

Fue lo que dijo Violeta Dasinski ese día.

Debí ser testigo, si hubiese estado más atenta.

Su mirada en la fotografía ofrece un desamparo que no he advertido hasta ahora. Como si su conciencia se disolviese en sus ojos.

La fecha del inicio público de la vida de Violeta Dasinski fue el día que apareció su nombre en la primera página de los diarios, el 15 de noviembre de 1991.

Fui despertada, de golpe llegaron el fin de los sueños y el comienzo de la memoria. Bruscamente volví atrás, retomando el recuerdo previo al largo paseo del inconsciente. Andrés me traía el desayuno y, en la bandeja, el diario de la mañana. Entonces la vi.

Escruté ese rostro en la fotografía. Pero es otra la Violeta que me persigue: la escarcha fucsia sobre su máscara de arlequín —¿payaso o Pierrot?— y las manos

del maquillador transformándola en la tristeza veneciana, confetti dorado y rojo sobre su cuello.

Yo tenía una tarea.

Tomé las llaves del auto y partí.

—Va a estar toda la prensa, Josefa. ¡No lo hagas! —Andrés no disimulaba su preocupación.

—No tengo alternativa.

—Entonces voy yo.

—No, éste es un asunto mío con Violeta.

A medida que avanzaba hacia el barrio de Ñuñoa, un escalofrío se iba deslizando por mi cuerpo. Al enfilarse por la calle Gerona para estacionar frente a la casa de Violeta, vi a dos policías resguardando la puerta de entrada. Efectivamente, toda la prensa estaba allí, al acecho.

Reconocerme pareció darles nuevos bríos, y como una avalancha se lanzaron sobre mí. Los dos policías salieron en mi defensa. Uno me tomó del brazo.

—¡Pero si es usted! ¿Y qué viene a hacer aquí?

—Quiero entrar, tengo que hablar con su hija.

—La casa está vacía. A la niña se la llevaron.

—Por favor, déjeme entrar. Soy amiga de la familia. Necesito sacar algo —el carabinero me miró perplejo—. Son cosas mías, las dejé aquí hace unos días y no quiero que vayan a parar a manos ajenas... —mientras yo bajaba el tono, la perplejidad crecía en su mirada—. Sea bueno...

No me cupo duda de que su deseo era franquearme la entrada, pero le complacía hacerlo. Miró a su compañero. Éste mantenía a raya a los periodistas, que no se daban por vencidos y trataban —a gritos— de hacerme preguntas.

—Venga usted conmigo —le propuse—, así podrá comprobar que no tengo malas intenciones.

—No creo eso, señora. Vamos, por ser usted... La acompaño.

Avancé, sintiendo los pasos del carabinero a mis espaldas e intuyendo su curiosidad: casi podría haberla tocado. Ya en el interior de ese largo oscuro corredor

ñoñoño –todas las persianas cerradas–, me dirigí sin titubear al fondo, a la galería. El sol de la mañana entraba sin pedir permiso por los miles de pequeños vidrios del ventanal. Detrás de ellos, el nostálgico patio solo. Me sobresalté, como si Violeta estuviera esperándome sentada en el floreado sillón de lino. En el aire, algo de sus inciensos, de sus velas perfumadas. Es que Violeta y esa galería eran la misma cosa, una le traspasaba su sentido a la otra, asimilándose, fundiéndose. Pero por cierto, ella no estaba.

En el costado derecho, apoyado contra el grueso muro verde, reposaba el baúl. La caja rectangular, de mimbre barnizado entre castaño y amarillo, hacía frente a los mil vidrios y me aguardaba. "Mi abuela Carlota lo salvó del terremoto de Chillán", me había contado muchas veces Violeta, como si yo no lo supiera. Lo abrí con prisa –nunca funcionó su llave– y hurgué en aquel orden desordenado: libros, libretas, blocks, impresos, dibujos. Mi mente trabajaba : dónde están, no puede registrarlo todo, se supone que son míos, que debo saber... Los vi, eran varios cuadernos desiguales, atados con un simple cordón. Y sobre ellos, un gran cuaderno empastado en cuero marrón. Si no se lo hubiese regalado yo misma, difícilmente habría podido reconocerlo. Lo tomé resuelta y el carabinero pareció aliviado.

–¿Eso es todo?

Vacilé. ¿Y los otros, estaban amarrados?

Un solo cuaderno en mis manos parecía inofensivo, creíble, un objeto que yo misma hubiese olvidado. Pero, ¿todos los demás? No tenía corazón para dejarlos allí. Se lo debo a Violeta, me dictó la culpa, envalentonándome.

Los tomé.

–Esto es todo –lo miré, asertiva, mientras trataba de amoldar todo aquel bulto dentro de mi bolso.

–Señora... –titubeaba el pobre, su mirada oscura yendo del bolso a mis ojos, de mis ojos al bolso. Entonces hice algo impropio de mi carácter: le ofrecí un autógrafo. Aquella mirada oscilante se iluminó.

Avancé hasta el escritorio de Violeta. Por principio, ella siempre tenía papel fresco en la mano. Al lado de la resma descansaba un libro abierto en la página 90.

Luego de preguntarle al policía por su nombre de pila, la dediqué un largo y cariñoso saludo.

Mi salida fue triunfal. (Pobre Andrés, ¿cómo explicarle que él no lo había conseguido?) Tan concentrada había estado en mi tarea que había olvidado a la prensa. Me dio una rabia tremenda cuando, el cruzar el portón, sentí el calor de los focos en la cara: la televisión había llegado. Le pedí sin vacilar al carabinero, con su autógrafa en el bolsillo, que me escoltara hasta el auto: yo no tenía nada que declarar.

A las tres cuadas mi aparente prestancia se derrumbó. Es que al acercarme al escritorio de Violeta había leído la página 90 de ese libro abierto. No pude dejar de hacerlo. Supongo que fue lo último que Violeta leyó. Aquellos dos párrafos, subrayados con línea insegura y en tinta café, me sobrecogieron.

La página era "Poem of Women", de Adrienne Rich. Ay, Violeta, no fue mi deseo afanarme en el desencuentro. No, créeme que no elegí ser esa testigo desatenta de lo que estaba pasando.

Puedo reproducir lo subrayado, me lo sé de memoria:

And all the limbs of a woman plead for the ache of birth.

And women come sown ti lie sick sheep

By the wells -to heal their bodies-,

Their faces blackened with year long thirst for a child's cry

...

and pregnant women approach the white tables of the hospital

with quiet steps

and smile at the unborn child

and perhaps at death.¹

¹ Y el cuerpo entero de la mujer suplica por el dolor del parto. / Y entonces bajan ellas, las mujeres, cual ovejas heridas, / buscando la sanación de sus cuerpos -junto a los pozos-, / sus rostros ensombrecidos por la larga y sedienta espera del llanto de un recién nacido. / (...) y las mujeres encinta se acercan a las blancas camillas del hospital / con pasos silenciosos / y le sonríen al niño aún no nacido / y le sonríen, acaso, a la muerte.

Violeta, dime que tu sonrisa fue para el niño no nacido, pero no me lo digas si fue para la muerte.

Es que durante el sueño había vuelto a mí una imagen olvidada. Esta imagen estableció, en ese difícil momento del despertar, una relación entre el presente y la víspera. Andrés apareció con el diario. Comencé a adaptarme a esta nueva realidad cuando sentí la puntada en la sien, no antes.

Una imagen de la infancia.

Violeta llegando a mi casa con una caja de cartón en las manos. Era bastante grande y el leve temblor de su cuerpo delataba el esfuerzo que había hecho para sostenerla, cuidadosamente, durante el recorrido en micro de su casa a la mía.

—¿Me la puedes guardar? —sus ojos de niña, interrogantes y recelosos a la vez.

Con el mismo resquemor con que se entrega un botín en custodia, estiró sus manos depositando la caja en las mías.

—¿Cuál es el lugar más tuyo de toda tu casa, donde no llegue nadie más que tú?

Tan serias sonaban sus palabras, que hice un esfuerzo para responder a su altura.

—Mi cama.

—Ya. Vamos.

Subimos silenciosas hasta mi habitación. Me quitó la caja y ella misma la metió debajo de la cama.

—Listo.

Se disponía a partir cuando le pedí una explicación.

—Mañana es la famosa mudanza y sé que nadie va a respetar mis cosas. Los grandes creen que son cachivaches. Por eso quiero que tú guardes todos mis tesoros hasta que pase el peligro, cuando hayan arreglado la casa nueva. Así, nadie puede botarlos.

Al irse me clavó la mirada.

—Me los vas a cuidar, ¿verdad, Josefa?

Al día siguiente me abordó en el primer recreo.

—¿Dormiste sobre mis papeles? ¿Nadie los ha tocado?

—¿Son papeles? —pregunté asombrada. No me había prohibido abrir la caja, pero fue como si lo hiciera, a pesar de mi curiosidad no me atreví—. ¿No me

dijiste que eran tesoros?

Me miró entre arrogante y sorprendida.

—Sí, son tesoros.

Transcurrida una semana, le recordé la caja.

—No, no me la devuelvas ahora. Yo te aviso cuándo.

Pasado el tiempo que consideró prudente, fue a recogerla. La acompañé al paradero del bus. Iba muy concentrada. Cuando nos despedimos, me dijo:

—Éste es un acto de confianza muy grande. Serás mi amiga de toda la vida.

Violeta siempre escribió. ¿Diarios? Ella no los llamaría así. Apuntes. "Para ordenarme la cabeza", decía. Era fácil contentarla. De cada viaje yo le traía algún cuaderno bonito. *Notebooks, but not golden.*

Recuerdo uno con la fotografía de Virginia Wolf en la portada.

Otro en cuyo cartón reluciente se producía el *Senecio* de Paul Klee. Y los que se forraban con telas de colores, éstos eran sus favoritos. Sus páginas vírgenes, suaves, incitadoras como el cuerpo de una joven para un hombre maduro, decía Violeta al pasar sus manos por ellas.

Los pistachos y los cuadernos: fácil Violeta para regalar. No me exigía concentración.

Los acumulaba. Su letra era muy grande, bonita, desordenada y generosa. Los consumía rápido, más aun si llegaban a sus manos en algún momento de crisis. Me atrevería a afirmar que durante su matrimonio con Eduardo llenó más cuadernos que en el resto de su vida.

Logré salvarlos. No resistí la idea de ver su intimidad en manos de la prensa o la policía, a cuál de ambas más despiadada. Es que fue tan casual ese día, hace un par de meses... Estábamos en la galería —nunca se estaba en otro lugar con Violeta, dentro de su casa— y ella interrumpió la conversación al mirar el baúl, como si recordara algo que temía olvidar pronto:

—Sabes, ya no retengo nada. No sé qué le pasa a mi pobre cabeza, el día que estalle encontrarán adentro miles de cuadraditos con anotaciones de todo lo que no debía olvidar, las mil estupideces diarias. Para eso solamente parece estar la cabeza, o al menos la mía... y detrás de los cuadraditos aparecerá un polvo negro que

será la medida de esfuerzo que he hecho por acordarme de una de esas cosas. Y créeme que habrá más polvo que cuadrados...

—¿Y qué es lo que no tienes que olvidar de ese baúl?

—Ah, sí. Eso... si me pasa algo, Josefa imagínate que me muero sin aviso, un ataque en plena calle, cualquier cosa: mis diarios están en el baúl. Por favor, haz algo con ellos, protégelos.

Me reí.

—¿Para qué los escribes, entonces?

—Porque no puedo dejar de hacerlo, es mi único orden posible. ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

—Ya, despachado: una variable menos. Tantas veces me he dicho: tengo que pedirle a Josefa... Luego te veo y se me olvida. ¿En qué estábamos? Ah, en la Pamela. Sigue contándome.

No necesité mirar los diarios a la mañana siguiente: las llamadas telefónicas de innumerables periodistas me lo hicieron suponer. Era *mi* fotografía esta vez, entrando en la casa de Violeta, y la prensa haciendo conjeturas sobre nuestra relación.

¿Qué hacía yo ahí? Ésa era la gran pregunta.

Nada que responder. No acepté que me pasaran ni un solo llamado. Si en tiempos normales no los tolero, mucho menos ese día. Me encerré en el estudio. Ni a los niños les abrí la puerta.

Le pedí a Andrés que llegara temprano y se hiciera cargo... La casa entera vibra, convulsionada. Estamos todos igualmente inquietos. Hago esfuerzos para disimular.

Tengo que acomodar un lugar para Jacinta entre nosotros.

Me sorprende cómo se repite la historia: mi mamá trajo a Violeta a nuestra casa cuando éramos niñas. Bueno, las circunstancias eran distintas, aunque no debo suponer que el abandono en que se debate ahora Jacinta sea mayor que el de Violeta en esa época.

Tarde o temprano tendré que declarar.

¿De qué hablaré? ¿De la infancia? ¿Del colegio?

¿De los anteojos celestes con marco de carey, alargados en sus puntas? No, no

basta. Voy a tener que hablar sobre la fiesta de disfraces, sobre el atraso de Violeta esa noche, cuando mi maquillador la convirtió en ese precioso payaso de cara fucsia. Y sobre el gin. También sobre su temor:

Josefa, avísale tú, me atrasé tanto, Eduardo se va a enojar.

Pero no basta. La única defensa posible sería hablar sobre el último bosque, el lugar aquél para guarecerse, el sueño de Violeta. Y sobre la casa del molino. Sí, es lo único de lo que debo hablar.

Contar la historia de una mujer.

Una mujer es la historia de sus actos y pensamientos, de sus células y neuronas, de sus heridas y entusiasmos, de sus amores y desamores. Una mujer es inevitablemente la historia de su vientre, de las semillas que en él fecundaron, o no lo hicieron, o dejaron de hacerlo, y del momento aquél, el único en que se es diosa. Una mujer es la historia de lo pequeño, lo trivial, lo cotidiano, la suma de lo callado. Una mujer es siempre la historia de muchos hombres. Una mujer es la historia de su pueblo y de su raza. Y es la historia de sus raíces y de su origen, de cada mujer que fue alimentada por la anterior para que ella naciera:

Una mujer es la historia de su sangre.

Pero también es la historia de una conciencia y de sus luchas anteriores. También una mujer es la historia de su utopía.

Violeta.

Ésta quisiera ser la historia de Violeta, si la mía no se entretejiera tanto con la de ella. Pero nuestras biografías no me permiten la distancia necesaria. Tampoco algunas marcas comunes, como el sentido de la pérdida, el de la exclusión y cierto desprecio por lo opaco.

Probablemente, ella definiría su vida como una historia de pasión. Sin embargo, si extendiendo la mirada, creo que no, no es sólo la pasión. La historia de Violeta es una historia de añoranza.

MARCELA SERRANO

Nació en Santiago de Chile en 1951. Hija de la novelista Elisa Pérez Walker (Serrano en su apellido de seudónimo) y del ensayista Horacio Serrano, es la cuarta de cinco hermanas. Con dos de ellas vivió durante un año en París siendo estudiantes. Ha estado siempre comprometida con la realidad política de su país, siendo militante de la izquierda, y es defensora de las reivindicaciones feministas porque, como ella misma afirma, "definirse feminista es definirse ser humano". Tras el golpe de estado se exilió en Roma, donde trabajó para los viveros municipales durante un tiempo.

Regresó a Chile en 1977, entrando en contacto con grupos artísticos; a principios de los ochenta montó su primera exposición. Se licenció en grabado en la Universidad Católica entre 1976 y 1983, y trabajó en diversos ámbitos de las artes visuales, en especial en instalaciones y acciones de arte como el body art, ganando un premio del Museo de Bellas Artes por un trabajo acerca de las mujeres del sur de Chile, pero pronto abandona estas actividades por completo.

Aunque empezó a escribir a edad muy temprana, no publicó su primera novela, *Nosotras que nos queremos tanto*, hasta 1991. Fue una de las revelaciones de ese año. Esta obra fue además la ganadora del Premio Sor Juana Inés de la Cruz (1994), y también en 1994, del premio de la Feria del Libro de Guadalajara (México) a la mejor novela hispanoamericana escrita por una mujer. Dos años más tarde publica *Para que no me olvides*, que en 1994 obtiene el Premio Municipal de Literatura, en Santiago de Chile. Escribe su tercera novela, *Antigua vida mía* (1995), en Guatemala. Le sigue *El albergue de las mujeres tristes* (1997). Tras múltiples ediciones de las anteriores, publicó en 1999 la novela negra *Nuestra señora de la soledad*.

Marcela Serrano es una de las figuras más destacadas de la nueva narrativa de su país y de América Latina.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA



Organización
de Estados
Iberoamericanos

Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura

